

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



SITIOS.—EPISODIOS.—IMPRESIONES.

Nipón! Nipón! Nipón! Y el criado chino entra á mi camarote, gesticulante, ansioso por ser el primero en darme la buena nueva.... Me visto al albor indeciso de la madrugada y subo á cubierta, creyendo que no bien traspasada la escotilla, el Japón amado y soñado va á saltar á mis ojos en un feérico apoteosis con sus pagodas y sus plenilunios y sus cortejos de musmés y sus tropeles de samurais.... Pero nada! apenas si durante la noche el mar ha cambiado de aspecto.... Ya no es aquella vasta extensión desolada, verdadero cementerio marítimo en cuyas palideces mi tedio creía distinguir los cadáveres de todos los tritones y á todas las sirenas difuntas, arrancadas de sus túmulos de coral y flotando con sus blanquísimos cuerpos á la deriva, entre rotas medusas de cristal, bajo mortajas hechas con los encajes de la espuma y el lino satinado de la luna! Ni nuestro Leduc, ese lobo, ese lobezno de mar, hoy encallado en los arrecifes periodísticos, hubiera podido colocar un episodio sobre los azogues desteñidos del mar de mi travesía! El «navío errante,» el «buque fantasma,» el bajel esplenético del «Holandés volador» debe haber registrado muchos días como esos en su diario de bitácora.... Pero, en fin, el brumoso éxodo ha concluido; en estos instantes, gruesas y ágiles olas de un

hermoso azul indigo azotan los flancos del transparente que con brutal indiferencia de cetáceo, á los golpes de su hélice jadeante, se encamina obstinadamente hacia aquella remota línea azul que debe ser el Japón, ese Nipón que el criado chino me anunció interrumpiendo mi sueño matinal. . . .

Han transcurrido dos horas, dos de esas horas que se alargan monstruosamente ante lo que se espera y se anhela, y la remota línea azul se denticula, cambia su tinta de vaga lejanía por un sordo verdor, y heraldos de la tierra, desparramando una alegre canción de bienvenida y de alborada, pasan en banda mil gorriones por entre las jarcias de nuestro buque. Luego los botes pescadores japoneses, los *funés* de empinada proa, como las carabelas medievales, y velamen de bambú laminado que repica con festivo rumor de castañuelas al vaivén de las olas y al soplo del terral. . . . Más originales que los buques son las tripulaciones aquellas; mujeres y hombres, patriarcas de barbas nevadas y bebés nipones, como de juguete, todos mezclados, alternando los alegres colores de sus *Kimonos*, ellos haciendo saltar sus hercúleas musculaturas al remar, ellas cocinando ó tocando en indolente postura el laúd nipón. Y un revoloteo de blancas gaviotas en el cielo y ya sobre el horizonte un sol japonés, un sol orfebre, que adamasquina el mar con raros bruñidos y desfleca sobre las olas motas de blanco lino y de sangrienta seda!

«Aquí, al atracar al muelle, un paréntesis, una prosa que quiero evitar. . . . Ah! los agentes de hotel y los aduaneros son lo mismo en todas partes!»

*
*
*

Estoy ya instalado. Mi casa está en una callejuela inaccesible para las bicicletas, donde no hay letreros en inglés, ni cantinas americanas, y donde puedo, durante los largos días lluviosos de la estación, tener siempre ante los ojos un panorama encantador y esencialmente japonés: un paisaje de Hiroshigué, en fin! Pero aquí no hay que buscar al Arte ni á la Belleza, porque lo bello, lo artístico tienen el don de omnipresencia y forman atmósfera estando en todas partes! Para el observador, en esta naturaleza prodigiosa, en estas barriadas donde la vida humana palpita llena de deslumbrantes episodios, no hay más que un obstáculo que toma proporciones de tormento, y ese es: *l'embaras du choix*. . . ¿En qué fijarse cuando todo, líneas, colores, sonidos, perfumes, hiere los sentidos y arrebatada la atención? Por dónde comenzar cuando todo es digno de ocupar el primer término? Estoy perplejo, confundido, anadado. . . . En veinte horas de vida japonesa he almacenado sensaciones de arte que para ser aquilataadas y depuradas necesitaríase otros tantos meses de labor benedictina. Pero esa tarea regular y metódica es imposible para quien, como yo, tiene *au jour le jour* que anotar sus sensaciones. Lo acertado sería tomar todo como venga, sin buscar una armonía imposible, y así el método resultaría agraviado, pero lo pintoresco ganaría!

A este propósito recuerdo una anécdota: Cuando Hokusai, el gran pintor de la vida japonesa, llevó á su editor las 300 composiciones de la más trascen-

dente de sus obras, éste le preguntó con qué nombre las publicaría; el «viejo loco de dibujo» contestó simplemente: «Mangua.» Ahora bien, «Mangua» en su traducción literal significa: *el dibujo como viene*. . . Mangua serán, pues, estas crónicas, acuarelas rápidamente lavadas en el álbum de viaje; frágiles aspectos de kaleidoskopio que se fijarán en el paciente mosaico de mañana, en el soñado libro futuro!

*
*
*

Djinrichi! Kurumaya! breve cochecillo de hada! Eres negro como las góndolas, resbalas como un trineo, y á veces, cuando voy sobre tí y saltas raudito y elástico, me figuro que cabalgo muellemente sobre el lomo de un avestruz! Te encuentro donde quiera, y el hércules bronceado que te arrastra afecta clásicas posturas; se tiende airosamente, haciendo gala de su musculatura soberbia, como «El Corredor» de Heredia, cuando lleva á un impaciente hacia el placer anhelado; en ocasiones, cuando espera ocioso, se cruza de brazos, de pie, inmóvil, dejando que su alba túnica de verano le dé el aspecto de una cigüeña plantada al borde de un lago y plagiando la inestable postura de nuestro santo Estilita! Y oh *Djinrichi*, frágil, breve y elástico! yo he visto una noche á tu estoico dueño cubierto con un impermeable gris como la piel de un batracio y entonces, bajo la lluvia y la luna, tu musculoso y bronceado conductor se acurrucaba, en cuclillas junto á un haz de lotos, como un enorme sapo! . . .

El *Djinrichi* es el carruaje de Ceneréntola, cuando lleva á los jardines del Bluff á una *musmé* de faz blanca y rojos labios—como un pierrot que chupa una cereza;—el *Djinrichi* con sus negras ruedas delgadas y su negro asiento, parece una gran tarántula cuando se inmoviliza en el claro, bañado por la luna, de un negro bosque de bambús. . . .

*
*
*

Aquella noche del 4 de Julio, el carruaje duende, el raudito cochecillo de laca negra me llevó frente al mar. La inmensa bahía de Yokohama me saturaba con sus salobres ráfagas frías. Detrás de mi espalda se amontonaba la multitud nipona: musmás de trajes multicolores, obreros de largos *Kimonos*, pescadores y marineros casi desnudos, y más allá, en las terrazas de los hoteles á la moda, la población europea; burgueses sin más color que el de su traje, *moneymakers* que del fondo de sus tiendas salían para celebrar la independencia de la Nación Yankee. Aquellos elementos banalmente europeos y agriamente mercantiles infiltraban su palmaria fealdad en mi pura sensación de Arte; pero al fin el Arte pudo más que ellos. . . .

Una banda de música, que atacaba los primeros compases de cierta marcha de «Lohengrin» distrajo mi atención en los instantes en que un gran clamor de la multitud me hizo volver el rostro. . . . El cielo oscuro de la bahía se inflamaba! Hasta entonces el mar de glaucas y espesas olas de intenso azul indigo y el cielo de un gris aperlado, no tenían en su sorda desolación más que los fulgores lejanos

de las luces de situación ardiendo sobre los buques anclados y rielando brumosamente en el agua. Arriba eran como vagas esmeraldas y turbios granates y topacios opacos, y el reflejo de todo aquello sobre el mar debilitaba sus colores, amenguaba sus tintas; la esmeralda, al reflejarse, era el vidrio de una botella, el topacio un ámbar espeso, el granate sangriento no era más que un mate coral. . . . Y he aquí que, simultáneos con el clamor de la multitud, todos los fuegos se avivaban, depurando sus brillos y acrisolando sus resplandores! Toda la bahía se incendió; en los más oscuros rincones hubo una súbita conflagración; todo irradiaba, todo era incandescente! En los mástiles de los buques lejanos surgía un núcleo de luz; en las costas umbrosas, más allá de los navíos al ancla, hacia explosión un cráter volcánico, y de todos aquellos centros generadores de luz llegaba hacia la bahía una mansa corriente de fuego, una marea luminosa, arroyos de lava policroma que bordaban el sombrío terciopelo de las olas, entre cuya movilidad espejeaban los iris inflamados de inauditos moarés. . . .

Todo vuelve á la sombra, hasta que una exclamación de la plebe saluda un nuevo triunfo pirotécnico. Es un simple cohete que se eleva silencioso sobre la negrura del cielo; pero aquel cohete no engendra luces ni detonaciones, es una simple humareda densa y poderosamente amarilla que verticalmente borda un dragón de ámbar sobre la noche tenebrosa; y aquel dragón de humo vomita por sus fauces indecisas un sol incandescente y rojo, y retuerce sus caudas y sus tentáculos en torno de aquel disco anaranjado que flota casi inmóvil sobre el horizonte negro durante largo tiempo. . . . Tras de un gran silencio la multitud grita: «Banzai, banzai Nihon!» cuando se esfuma aquella imagen feérica y nebulosa que encierra un símbolo patriótico. . . .

Luego parten dos cohetes; el primero, que es color de oro, finge al detonar un bosque de bambúes; el otro, que es color de plata, engendra, cuando estalla, el blanco perfil de dos garzas, y durante algunos instantes, sobre el negro cielo, las garzas llueven sus plumones de plata junto á los bambúes que se deshojan en lágrimas de oro. . . .

Y al final el simulacro que los pirotécnicos japoneses idearon para halagar á los americanos que se festejan hoy. Un fuerte de la costa dispara uno, dos cañonazos, y simultáneamente entre la sombra de la bahía aparece un buque de guerra que dispara tres fuegos de bengala contra el fuerte. . . . Al punto la fortaleza se rinde, se hunde, desaparece entre nubes de pólvora. . . . Y ahí tiene voz la verídica historia de la toma de Santiago de Cuba relatada por un cohetero japonés! (No creo que la refieran de otro modo los Tácitos del porvenir!)

*
* *

Una calle japonesa es el lugar más propicio para los estudios de un acuarelista. En el Japón, en Yokohama por lo menos, las calles están limitadas en ambos lados por los costados de los pequeños bloques ó manzanas, y mientras las habitaciones

forman la parte superior de las casas, los pisos bajos están casi invariablemente ocupados por tiendas de todos géneros, desde la joyería en cuyas vitrinas horizontales como pupitres se alinean las obras maestras de la plata repujada y del esmalte cloisoné, hasta la mercería llena de nonadas, hasta la tienda de curiosidades, donde se admiran los cascotes, los sables, los férreos abanicos de guerra y las armaduras ecuestres de los daimios feudales y de los belicosos *samurai*. El que ahí entra, por indiferente que sea á las maravillas del arte humano, tiene que sentirse posesionado por el vértigo del *bibelot*. Cree uno haber visto en una vieja tela el non plus ultra de la tapicería ó el más fino producto de la laca, cuando instantes después el mercader socarrón y risueño, en medio de una serie de reverencias, os presenta otro bordado y otra laca que superan á las anteriores. Pero la maravilla no se encuentra precisamente en lo grande y en lo ostentoso, sino en lo escondido, en lo diminuto que el artista japonés ha fabricado durante meses, inclinado como un miope y paciente como un gusano de seda! Y en aquellas obras maestras minúsculas no es sólo la paciencia (la paciencia irritante del Chino que grabó una máxima de Confucio en un grano de arroz) lo que tenéis que admirar, sino la inspiración, los gestos expresivos, los aspectos de la naturaleza tan verídicamente trasladados á un fragmento de oro ó á una astilla de marfil! Así en un *netzke*, en una estatuita de dos pulgadas, descubris, lleno de pasmo, torsos, movimientos y actitudes que en su armonía y en su pureza de líneas evocan las obras clásicas de la estatuaria antigua. En un pez de esmalte rosa aplicado á un prendedor se distingue el brillo húmedo del agua sobre la viscosidad de la piel y una libélula de plata y nácar parece que agoniza y aletea temblorosa clavada en su alfiler de oro! Se siente uno cansado al fin ante aquella ostentación de prodigios, y la admiración se embota al extremo de que los últimos objetos que se nos muestran pasan casi inadvertidos. Quizás en previsión de ese cansancio el japonés *bibeloteur* y coleccionador de arte nunca muestra sus tesoros en conjunto, sino que los guarda y los va exhibiendo poco á poco, buscándoles el fondo apropiado, la luz conveniente, y contemplándolos aisladamente en el *tokonoma*, especie de altar que este pueblo fanático por lo bello ha creado para sus devociones artísticas.

Si se pasa de las avenidas céntricas á las calles de los suburbios, lo pintoresco llega á su colmo. Ese compartimiento donde flamean con frescos tonos primaverales todos los colores de la paleta, es una tienda de legumbres, una recaudería! Qué limpieza, qué aseo, qué idílica frescura! Las legumbres japonesas son célebres por el monstruoso tamaño que han adquirido gracias á la sabia cultura de aquellos campesinos, secularmente agricultores, que tienen métodos ignorados para la irrigación y el abono de sus tierras. Y en aquella tienda, sobre camas de áurea paja, se tienden los grandes tubérculos, las enormes raíces que parecen haber brotado en una hortaliza de Jauja, para la mesa de Gargantúa. . . .! Y todo neto, limpio, frutos y legumbres, como fabricados en cera y acabados de

barnizar, con blancuras de marfil, con tintas rojas desde la púrpura sangrienta hasta el coral blanco, y todos los verdes, desde el tierno de las plantas acuáticas y del retoño del bambú hasta el sombrío del follaje del pino y el verde negro de las cucurbitáceas que se redondean en su otoñal madurez. ¡Hermoso motivo de acuarela que sería una deliciosa fiesta de color para los pintores de la «Revista!»....

Y como contraste, frente á esa tienda primaveral y pomposamente colorida, se abre otra que podría tratarse á la sepia sobre la página de un álbum; es un expendio de pescados secos de todas formas y aspectos, que cuelgan aquí y allá alineados como en el aparador de un museo zoológico. Pero hay tal diversidad de líneas y tal variedad de tonos en el mismo color sombrío, que el espectáculo se hace interesante. Aquí un pulpo enjuto y rígido alza sus tentáculos como las ramas de un arbusto muerto; junto hay montones de pequeñas langostas que semejan un hacinamiento de corales; más allá la cabeza de un sollo enorme con los redondos ojos saltados, parece el boceto de un dragón fantástico, y por fin, en primer término, brillan luminosamente sobre el fondo oscuro las escamas áureas y nacaradas de un ejército de sardinas que se alinean con simetría para secarse al sol. Qué serie de naturalezas muertas para el semiflamenco pincel de Julio Ruelas! Y á derecha é izquierda, en la calle japonesa, se ostentan, alternando con las tiendas, los talleres de los trabajadores. Aquí es un hojalatero que ayudado de sus pies redondea una lámina de cobre, junto á un yunque minúsculo que parece un bibelot; más allá un pintor de brocha gorda traza un «Fuziyama» sobre una linterna encarrujada; luego un chino gigantesco empina á un chinete, cuyo deforme cráneo afeitado; más allá, en una juguetería, los Dioses y semidividades del japonés olimpo, enseñan la bonhomía de sus carcajadas, el énfasis de sus vientres y la fantasmagoría de sus milagrosos atributos á una ronda de bebés que detiene su danzante farándula y cae en pasmo unánime frente á las exuberantes y pintarrajeadas deidades! Ah! los bebés japoneses!! Loti los ha admirado con Regamey y con el poeta Arnold, y sería necesario ser un misántropo forrado de Malthusiano para no encontrarlos adorables! Los amorcillos de Fragonard y Watteau, los cupidos que modeló Tanagra con su arcilla maravillosa, deben tener, al encanto de la infancia, agregada la nobleza de su olímpica estirpe; pero yo sostengo que la gracia drolática, la monería infantil, está en poder de los bebés nipones! Ellos son las flores y el júbilo del arroyo; envueltos en sus batas multicolores, sobre sus sandalias de paja, saltan y rien, haciendo resonar su alegría infantil y encantadora entre los mil ruidos del trabajo, como una parvada de gorriones granujas lanzaría su burlesco estribillo en medio de una laboriosa colonia de castores! Y saltan abriendo como alas las anchas mangas de sus trajes matizados, en medio de la población de trabajadores, desnuda y sudorosa, doblegada en las arduas tareas, así como una banda de mariposas de mil colores entrando de repente á la cálida estufa donde hilan hasta el letargo, para enclaus-

trarse luego, los gusanos de seda, las orugas benedictinas!.....

*
*
*

En la calle japonesa llena de pintorescas tiendas, resonando con los incesantes rumores de sus industrias, donde resbalan los *djinrichis* y revolotean los *muskos*, los bebés, hay todavía algo extraño y de interés palpitante. Quiero referirme á los mil tipos extravagantes y bizarros que de día y de noche transitan por las calles de una población nipona. Toda especie de mercaderes ambulantes va y viene, paseando los más extraños utensilios. Aquel hombre que se acerca llevando en hombros algo que tiene el aspecto de una pagoda, es.... cómo diré? es.... un *restaurateur* peregrino. Va buscando el apetito, acechando á los famélicos, y no bien topa con alguno, cuando ágilmente coloca en el suelo su pagoda, aviva con un fuelle el rescoldo de un brasero invisible; de una capilla de su restaurant-templo, saca tazas y palillos, y en un momento, limpio, solícito, le da á su parroquiano, por un vil centavo, tres especies de raros guisos y otras tantas reverencias!... En una bocacalle los «muskos san,» los señores bebés (así este pueblo con su urbanidad y con su amor por la infancia, designa á los niños), los bebés hacen rueda en torno de un individuo, que como el Ragueneau-ambulante tiene algo parecido á una pequeña pagoda por accesorio.... Es un artista; un artista en caramelos!.. El bebé alarga un centavo y dice algo al dulcero, que con una habilidad y una prontitud increíbles toma la masa de caramelo caliente, la sopla con un tubo de bambú, la alarga, la pellizca, y la pegajosa materia se transforma instantáneamente en un caballo, en un pájaro en su nido, en un ramo de flores ó en un acróbata que se descoyunta... Aquello es un colmo de arte democrático! Y así siguen transitando por las calles japonesas, otros seres heterogéneos y pintorescos que aumentan cuando llega la noche.

Entonces en los barrios bañados por la luna resuenan músicas extrañas y gimen pregones melancólicos.... Ya es el *sereno* que golpeando por intervalos dos trozos de madera, ronda con el único fin de inquirir si algún incendio se inicia en la zona que vigila.... El golpe incesante de sus maderos inquieta en medio de la calma nocturna; tiene algo del seco chasquido con que los xilófonos imitan el crujir de los huesos en las danzas macabras. Luego se escuchan las dos notas agudas del flautín con que, errando por la ciudad oscura, se anuncian los ciegos que practican el masaje;.... hay momentos en que á un tiempo se escuchan varios pífanos en distintos rumbos y sus dos notas agudas y monótonas suenan entre las sombras como un concierto de gigantesos grillos.....

¿Pero qué grupo de siniestros decapitados avanza conducido por negros verdugos, al fulgor sangriento de las antorchas y seguido por una multitud ansiosa?....

Hay rostros cadavéricos de ojos inyectados, de largos mechones de cabello pegados á las sienes por el sudor de la agonía, y hay otros pálidos, blan-



cos, como vacíos de sangre durante el largo suplicio. . . . Hay que tranquilizarse! los negros verdugos no son más que titiriteros ambulantes, y los trágicos ajusticiados son sus marionetas! Los buenos artistas del arroyo se instalan frente á una puerta y la función comienza; el teatro es una barandilla de bambús más simplificada que un teatrillo *guignol*. Cada artista toma á un pelele en sus brazos y lo mueve con tan singular destreza, y por otra parte los marionetas están tan bien modelados con sus faces que gesticulan y sus miembros de goznes, que la ilusión es perfecta! En el fondo un anciano toca el *shamisen* y cambia de voz á medida que simula el parlamento del marioneta *daimio* ó del *samurai* ó de la princesa. Aquellas representaciones son dramas espeluznantes y epopeyas furiosas; hay dúos de amor entre la *musmé* que tiembla como una paloma y el *samurai* que ruga como un tigre. . . . Y aquello es patético, y su realismo, lleno de arte, os conmueve y os hace seguir con ansia las peripecias de esos sabios simulacros del amor, de la cólera y de los celos!

Yokohama, Otoño de 1900.

Yo sabía que los japoneses, grandes comediantes, tienen el honor de poseer á Danjuro, el *primer actor del mundo*, según la crítica europea; pero nunca pude figurarme que la habilidad y el talento de esos artistas magos lograra convertir un teatro *Guignol*, un tablado de títeres, en un proscenio ardiente y tembloroso bajo el choque de las pasiones humanas!

Hasta muy avanzada la noche se siguen desarrollando los pintorescos episodios de aquella misteriosa vida. . . . Pronto todo cae en el sueño; durante algunos minutos sobre los tabiques de papel de la casa de thé de enfrente distingo sombras chinas, figuras que pasan y se proyectan en intensas siluetas; luego las luces se apagan, y en el silencio, en el hondo silencio de mi soledad y de mi nostalgia, sólo escucho el lamentable pífano de un ciego que se obstina, y por fin me duermo, soñando vagamente en mi amada á quien miro aparecer en medio de una madrugada gloriosa, bajo un sol que se levanta, sobre un negro bosque de pinos cuajado de rocío. . . .

JOSÉ JUAN TABLADA.



LENTAS HORAS.... RAUDOS DIAS.

Lentas horas, lentos días,
lenta y lóbrega existencia
entre brumas (nostalgias)
y en la nieve (indiferencia).

En la pálida neblina
de la incierta lontananza,
una franja purpurina
tiende á veces la esperanza.

El ensueño se dilata
como tenue y rauda nube
que entre polvo de oro y plata
sube, sube, sube, sube....

Suenan dulces instrumentos,
vibran cantos y murmullos,
fulguran los pensamientos
y preludian los arrullos.

Raudas horas, raudos días,
rauda y plácida existencia
entre brumas (nostalgias)
y en la nieve (indiferencia).

BALBINO DÁVALOS.

México, 1900.

EL GRAN POETA DEL PORVENIR.

(CONCLUYE).

Mi inquebrantable fe en la grandeza futura de la poesía, tiene una base más profunda y amplia, cuya solidez no me inspirará jamás duda alguna, á pesar de su carácter abstracto y de los ataques de muchos adversarios. Evolucionista convencido, me he impuesto la tarea de demostrar á mis compatriotas las maravillosas bellezas intelectuales y morales que surgen de una concepción del universo y de la vida en que la idea evolucionista esté siempre ligada á la idea de una causa creadora sin principio y sin fin, de una voluntad suprema é inteligente que obra siempre y por doquiera, desarrollando y realizando un plan único, infinito, por medio de un número infinito también de planes subordinados. Cuando por la evolución, forma de la nebulosa originaria los astros que serán un día generadores y sitios sagrados de la vida; cuando por la evolución forma de la primera celdilla viviente y de la

primera luz del instinto, el organismo complicado en el que se manifiesta algo que semeja actividad intelectual y sentimiento moral; cuando perfecciona ese organismo por la evolución, dando á esa alma rudimentaria la conciencia de su sér y del sér de las cosas hace la humanidad; cuando gradualmente se presenta á la criatura y de tal manera que recuerda los procedimientos de la evolución misma; cuando, siguiendo esa evolución forma con la primera familia humana una sociedad organizada de tal manera, que ha podido compararse á un cuerpo vivo y que lleva á esa sociedad, por medio de luchas de fuerzas regresivas á conformarse más y más con las exigencias del elemento humano superior; cuando la causa del mundo cumple semejante trabajo, lo hace con el fin de traer á sí por medio del amor y de la inteligencia lo que de ella ha salido para ser comprendida y amada.

He ahí la exposición sintética y dogmática de la doctrina en que fundo mi idea del papel del arte en general y de la poesía en particular en la evolución humana. Ese papel providencial consiste en cooperar con la causa del mundo, en apoyar al elemento superior humano, que aspira á comprender mejor y á amar mejor; en la lucha con el elemento inferior, con la bestia sombría que sobrevive en nosotros.

Los primeros cantos que aparecieron en labios humanos, semejantes todavía á gemidos y á gritos, fueron la expresión de la vida superior en el hombre primitivo, es decir, la expresión del dolor moral, de una vaga aprensión de lo sobrenatural y del espíritu que el espectáculo de la muerte le inspiraba. Los libros sagrados del Oriente y del Egipto, con su poesía de grandeza solemne, los himnos homéricos, los gnómicos de todos los países, están ahí para atestiguar que los poetas han sido los primeros maestros de la religión y de la moral, es decir, de toda civilización. La división de las funciones sociales no les permitió conservar por mucho tiempo tan alta dignidad. De amos que eran, llegaron á ser casi esclavos y fueron los historiadores de los grandes y los encantadores del pueblo. Esto los aminoraba personalmente; pero aun así, todavía se dirigían al elemento superior del alma humana, y esa vida superior era la que sobreexcitaban en sus contemporáneos con cantos en que el poder protector y vengador de los dioses, las hazañas de los héroes y el amor á la patria, figuraban de manera de desarrollar los sentimientos y las cualidades morales más necesarias para conservar una civilización naciente rodeada de bárbaros.

Los rapsodas eran todavía educadores, aun cuando su poesía fuese hecha para gustar y divertir, lo cual no fué probablemente nunca la ambición de los nobles poetas de los Vedas, de los Libros de los Muertos y de los himnos homéricos.

El don natural de encantar, don precioso y divino, estaba en visperas de llegar á ser un arte sutil, la ambición de agrandar iba á colocarse muy por encima de la conciencia de una alta función social en que se habían inspirado los antiguos poetas religiosos. La historia de la poesía posterior, sólo es la historia de la acción combinada de esos dos sentimientos y de la acción exclusiva del primero; la acción exclusiva del segundo no ha vuelto á reproducirse desde la época de los libros sagrados. La sublime poesía, «La Divina Comedia,» cuya acción intelectual y moral dura aún después de seis siglos, surgió de la armonía entre un arte muy severo con una altísima idea de las funciones sociales del poeta. Esa misma armonía se encuentra en grado eminente en Milton, en Schiller, en Mickiewicz y Víctor Hugo; esos hombres de genio fueron instrumentos de progreso, porque ejercieron una acción corroborante sobre las facultades superiores del espíritu humano.

Shakespeare lo fué también por su idealización de la belleza y de la fealdad moral, fué una manifestación grandiosa de las fuerzas progresivas que rigen el mundo; pero no tuvo conciencia de ello. Manzoni, el poeta más grande de Italia después de

Dante, pareció también ignorar por exceso de modestia el papel glorioso que se le había asignado. Junto á esos grandes poetas hay otros, felizmente en escaso número, que también pusieron un arte superior al servicio de una alta concepción de su papel y que han ejercido, sin embargo, una acción completamente contraria sobre los hombres. Cuando pienso en ellos, me viene á la memoria la historia de Moisés, el enviado de Dios, haciendo milagro tras milagro y los hechiceros del Faraon de Egipto oponiéndole milagros análogos.

Frente á los grandes poetas á quienes una misteriosa energía progresiva ha hecho aparecer en el escenario del mundo, las energías regresivas hicieron aparecer otros tales como Lucrecio, el ateo y epicúreo Lucrecio, el más original y el más poderoso de los poetas latinos y de quien recuerdan algunos rasgos al sublime poeta del libro del Eclesiastés. Me apresuro á afirmar aquí, que no es así Leopardi, á pesar del sombrío pesimismo de su obra; porque no cabe duda que el pesimismo ejerce una influencia contraria al progreso. Nos basta cuando sufrimos, detener nuestro pensamiento en nuestros dolores para afligirnos más y para empeorarlos. Pero el pesimismo de Leopardi no es fruto de fría filosofía, es la queja amarga de un infortunado á quien ciegan las lágrimas. Nos oprime el corazón; pero no ataca nuestra razón. ¡Y esa alma de poeta es tan cándida! Ese hombre que retorciéndose de dolor insulta á la naturaleza, ese hombre que no cree en la inmortalidad del espíritu, tiene tal asco por las cosas de la materia, está con tanta frecuencia arrodillado ante ideas de belleza moral, ante fantasmas intangibles de mujeres idealizadas, ante una amada desconocida, invisible, quizá extraña al planeta en donde los años son tan cortos y tan tristes! Poeta del dolor, Leopardi rehusa admitir la ley de inteligencia y de amor que rige al mundo; su sangrienta ironía barre con la doctrina del Progreso y con sus creyentes. Poeta del patriotismo, trabaja como obrero del porvenir por encender en el alma italiana la vergüenza y la cólera que le son necesarias. Poeta del amor, diviniza al eterno femenino mejor que el mismo Goethe, lo adora en la persona ideal de su invisible amada y precede al gran poeta del porvenir que sabrá dar al ideal femenino tanto poderío inspirador como realidad y ternura.

Ha habido también grandes poetas que han despreciado al público, que se habrían burlado de quien les hubiera dado un papel en la evolución humana, que han sido poetas sólo por la necesidad imperiosa de modelar artísticamente sus amores, sus odios ardientes, las oleadas movibles de sus alegrías y de sus lágrimas. Estos poetas entre los cuales aparece Henri Heine como el más notable, han ejercido una acción alternativamente útil ó funesta al elemento humano superior, según el capricho de la inspiración, pues la exquisita belleza de la forma puede rescatar ciertas debilidades morales del fondo, pero no las fealdades, no la ironía escéptica, por ejemplo.

En cuanto á los poetas que sólo han querido agrandar, que han comprado la fama con el precio de su dignidad moral, adulando los gustos del pú-

blico, yo niego que haya habido de éstos algunos verdaderamente grandes.

Quiero decir con esto que aquel de quien voy á hablaros no pertenecerá á esta categoría. El porvenir nos traerá poetas, que querrán, como Alfredo de Musset:

Chanter, rire, pleurer, seuls, sans but, au hasard
D'un sourire, d'un mot, d'un soupir, d'un regard,
Faire un travail exquis plein de crainte et de charme,
Faire une perle d'une larme. . . .

Y poetas escépticos, que turbarán profundamente á las almas jóvenes esterilizando en ellas el poder de amar. Unos y otros, los primeros sobre todo, podrán ser grandes; pero el gran poeta que espero no es de éstos. Es imposible que las energías secretas de la naturaleza, que han trabajado desde las primeras épocas de la humanidad en formar facultades poéticas superiores, se encuentren agotadas en los momentos en que más se necesita su acción. Háblase mucho de la reacción espiritualista é idealista que gana terreno desde hace algunos años; yo sé algo de ello, puesto que pertenezco á ese movimiento. Pues bien, hay entre nosotros oficiales subalternos y superiores que gustan vestir el uniforme elegante y distinguido de un espiritualismo vago, sin comprometerse en nada por juramento; pero no hay jefes de ejército. Honro á los pensadores que oponen la fuerza de la razón al materialismo, al agnosticismo, al escepticismo; estimo mucho á los novelistas, mis colegas, que están del lado de aquellos; pero lo que pido ahora es un gran poeta. Lo exijo, porque sólo á la poesía pura, al canto, ha sido dado desarrollar de una manera completa la belleza y el encanto de las ideas, de las que es preciso se enamoren los espíritus; lo exijo porque los grandes maestros del pasado parece que no bastan ya á una generación presuntuosa que desdeña toda la autoridad recibida de sus padres, poseída por la ambición de ser innovadora, más presurosa para escribir que para leer y siempre pronta, sin embargo, á seguir el carro triunfador que salga de sus filas y del que puede vanagloriarse. Lo exijo, porque conquistada la libertad política en casi toda Europa y no habiendo funcionado las instituciones liberales de manera tal que puedan justificar para con los pueblos los sacrificios que han costado, la juventud ha dejado de apasionarse por el ideal que sus padres persiguieron con tanto entusiasmo y buscan otros. Sigue con gusto el primero que se encuentra á su paso, el ideal de reforma social, porque se adorna con un hermoso nombre de fraternidad y parece hacer llamamiento á un sentimiento de justicia.

Visto de lejos, el ideal socialista no carece de grandeza; visto de cerca es otra cosa. Sea que analice la historia del pasado, sea que trace á su manera la historia del porvenir, el socialismo sólo ve en la evolución humana el factor económico. Lejos de hacer un llamado á la justicia, rechaza todo principio abstracto y absoluto. Su concepción del mundo es, en el fondo, materialista, y como tal, no es favorable al elemento superior humano.

Yo invoco á un poeta de genio que vuelva á las

ideas espiritualistas para rejuvenecerlas y que nos ayude á nosotros, los obreros de la prosa, á reemplazar en los corazones ardientes y generosos la concepción socialista incompleta y falsa del porvenir y de la felicidad, con una concepción que ligue la felicidad á la verdad absoluta, á la belleza absoluta y al bien absoluto.

II

Esto es casi decir ya, cuál será la fisonomía intelectual y moral del poeta, de quien el porvenir nos oculta el nombre. Disponiéndome á reproducir algunos rasgos de una manera menos vaga, no abuso del peligro que corro. ¿Conocéis el extraño fenómeno que los alemanes llaman el espectro de Broken? Sucede algunas veces en la cima del Broken, que el viajero que contempla el cielo del Oriente á la puesta del Sol, ve levantarse sobre las nubes una forma humana colosal. La grandiosa aparición no es más que la sombra del pequeño sér que se extasia de admiración frente á su misma sombra. Pues bien, cuando sobre las alturas de una hipótesis metafísica doy las espaldas á una poesía que declina con el siglo en que brilló y contemplando lleno de esperanza el Oriente, veo entre el cielo y la tierra la forma colosal de un poeta sin nombre, ¿no seré víctima de un engaño, de la misma ilusión de óptica de que es teatro la cima del Broken? ¿Qué, mi gran poeta no sería la sombra ampliada, la vana y visible imagen de mí mismo, de mis ideas, de mis amores y quizá también, como alguien pudiera pensarlo, de mis ambiciones? Con franqueza diré que esto es inevitable en parte, y que en mi visión ideal de un gran poeta debe haber elemento subjetivo.

Felizmente tengo la conciencia clara y tranquilizadora de la parte que toca á tantos espíritus de distintos vuelos á los míos. Si ese sér humano que entreveo en la bruma del porvenir sólo es una imagen reflejada, podréis al menos reconocer en ella rasgos que os son familiares y os será imposible negar su grandeza en el original. No necesito citar al viejo Horacio, quien al mostrar á los poetas futuros las reglas de su arte, les hablaba en términos magníficos de la misión civilizadora del poeta y le llamaba *sacer interpresque Deorum*. No me detendré tampoco en el retrato de un poeta futuro delineado en el siglo XV por Du Bellay, retrato en el que la expresión de la dignidad moral está tan bien cuidada como la expresión de la inteligencia; sólo de paso, recordaré el arte poético de Ronsard y su precepto á un poeta del porvenir:

—Te mostrarás religioso y temeroso de Dios.

Si mi visión del porvenir sólo es una sombra del pasado, el maestro cuyos rasgos son más claramente reconocibles, es Víctor Hugo. No vacilo en proclamarlo; nuestro siglo ha tenido poetas que poseyeron el sentido de la métrica, la finura del gusto, la claridad y la precisión de las ideas en grado más eminente que Víctor Hugo; pero ninguno de ellos supo concebir ni pintar de manera tan sublime, en verso y en prosa, la grandeza moral de la obra que un poeta podría darnos. El prólogo de la colección «Rayos y Sombras,» el prólogo de «Voces

interiores,» la oda «Función del poeta,» bastarían para demostrarlo. Se dirá que Hugo se glorificaba á sí mismo en el poeta que idealizaba y que esos trozos magníficos de inspiración y de arranque le eran dictados por el orgullo. Si era orgullo, bendito sea, porque hay mucha distancia del orgullo que sube la escala de la gloria proclamando la soberanía de lo que es eterno é infinito, al orgullo que se hace un escabel para exhibirse á la multitud en actitud de atleta vencedor. No creo que Hugo haya unido en su pensamiento, el papel del poeta á una teoría evolucionista, cualquiera que ésta fuese. Se contentó con decir:

..... la poésie est l'étoile
Qui mène à Dieu rois et pasteurs.

Nos tocó con sus alas; en cuanto á nosotros, necesitamos ruta más amplia.

Desde luego, el gran poeta del siglo XX tendrá conocimiento exacto y seguro del terreno de la poesía. No le sucederá lo que acontece ahora á los colegas, que no cuidando de iluminarse ni de consultar las estrellas, se extravían á pesar de su incontestable talento en las fronteras de la poesía, entran como por descuido al territorio de la pintura ó de la música, recogen allí incoherentes reuniones de palabras curiosamente coloreadas ó curiosamente sonoras de las que es imposible sacar sentido alguno, cosa que les conquista admiradores entre tontos vanidosos que se creen inteligentes y entre inteligentes modestos que se creen tontos. Se separará de la escuela que pretende monopolizar el culto de la Belleza y de la que tiene una percepción incompleta. La igualará en el sentido exquisito de la Belleza sensible; pero la sobrepasará en el sentido de Belleza intelectual y moral. Escuchará la voz del Espíritu de Belleza como Shelley lo escuchó y aun mejor que él. En el himno á la Belleza intelectual, Shelley ha cantado un poder misterioso de rayos invisibles que nos hieren de cuando en cuando y nos dan la inexplicable emoción de sentirnos conmovidos por una Realidad sobrehumana y viviente que es el principio mismo de la Belleza, que se comunica á nosotros, nos abraza, nos arrebatá y nos hace llorar de alegría y de amor.

No, la belleza no está en las cosas, en el espíritu es donde se colorean las imágenes, cuando allí brilla con luces y sombras, según sus formas. Es divina, viene de lo alto, es espíritu, colorea las imágenes del mundo del espíritu, las ideas y los sentimientos, tan bien, como las imágenes del mundo físico. Pero no se entrega sin reservas á todo el mundo. Se rehusa casi por completo á las almas que carecen de inteligencia, de instrucción ó de equilibrio, que viven encerradas en las sensaciones y no reluce sino vagamente á través de las inclinaciones del sexo. Se da más y más á las almas cuya inteligencia se desarrolla y que aspiran á vivir también por sus facultades superiores. Favorece parcialmente al gusto de una voluntad insondable, á las almas que hace sensibles á ciertas combinaciones de líneas y de colores, ó de sonidos ó de palabras, á ciertos aspectos superiores del universo, á

ciertos aspectos interiores del pensamiento y á ciertas relaciones de los actos humanos con las leyes de la conciencia moral. El artista, el compositor, el escritor, los que las admiran, el sabio que se posesiona de alguna armonía secreta de la naturaleza, el hombre inteligente á quien seducen una línea de paisaje ó un efecto de luz, el hombre generoso que se apasiona por una causa noble y justa, gozan todos, en grados diferentes, de la belleza única. Pero sólo al gran poeta se entrega por completo. Irradia en el fondo de su alma como en un espejo en el que las imágenes del mundo del espíritu aparecen alternativamente en su divina claridad. Las emociones que le dan la belleza física y la belleza moral son de la misma naturaleza. Los poetas inferiores á quienes se ha rehusado ese divino don, no se contentan con el lote frecuentemente respetable que les ha tocado en suerte y quisieran imponerse á la Belleza en calidad de amantes titulados, cuando ella se ha mostrado amable para con ellos; pero no dejarse subyugar como si fuesen sus amos. Su amo futuro la arrancará desde luego á sus incómodos amantes; como en la leyenda, Tristán arranca á Isolda de los raptores que la llevan al fondo de un bosque solitario. Le pertenecerá por completo, y él gozará de ella, engendrará obras de belleza que conducirán á las almas, por el poder del Arte, á comprender mejor y á amar mejor la Inteligencia suprema, el Principio eterno de toda belleza. En el momento de abandonar este mundo, tendrá el derecho de repetir á su inmortal amante la exhortación que le dirigía Leconte de Lisle:

Telle que la Naïade en ce bois écarté
Dormant sous l'onde diaphane,
Fuis toujours l'œil impur et la main du profane,
Lumière de l'ame, ô Beauté.

(Poèmes antiques.—La Source).

La mujer que ama á un poeta, más que por fantasía ó por vanidad, ó por curiosidad, está algunas veces celosa del arte, de la belleza. Teme ocupar el segundo lugar en el corazón de su amante. Si éste sólo es artista de la palabra, si la belleza de las ideas y de los sentimientos no le conmueve, si su arte no tiene más objeto que el goce puramente estético, es probable que esos temores estén fundados. La mujer ocupará quizá el primer lugar en su vida; pero una amante no lo tendrá nunca en su corazón. Podrá mentirle bien ó mentirse á sí mismo, llamarle su inspiradora; pero no lo será, porque una concepción del arte en que la excelencia de la fuerza prime sobre el contenido, permanecerá siempre más ó menos extraño al alma de la mujer y el poeta no podrá envolver esa alma en su obra. Y siendo así, siempre preferirá su arte al amor de una mujer. El poeta que espero, por el contrario, tan sensible á la belleza de las ideas y de los sentimientos, como á la belleza física, estará inspirado por el grande amor. No tendrá preferencias que conceder, le será imposible distinguir su amor de su obra, en la que se ocultará discretamente, semejante á la sombra que se oculta en el centro de una llama, una exquisita alma femenina. Dará al alma viril la fineza que no daña á la grandeza y el per-

fume que puede aliarse á la sencillez. Sin revelar su nombre, á ella dará mentalmente la gloria que á él le venga de los hombres. Gozará de ella, con la conciencia de haberla merecido, porque habrá desarrollado en él todo lo divino de su alma, le habrá ayudado á levantarse pronto en sus desfallecimientos, habrá sido para él la idea viva de su misión de poeta y le quitará la tentación de lo que es bajo y cobarde. Esa idealización amorosa de la mujer que nos ha dado obras maestras, casi no es comprendida hoy. Oigo decir á unos que es falsa, que no conviene á nuestra condición terrestre y á otros, que al sobreexcitar la imaginación ejerce sobre ella corruptora acción. Yo niego todo eso; si se la encuentra muy poco en los libros, menos se la encuentra en la vida, donde no deja de llegar, algunas veces, á conclusiones completamente regulares, pero muy terrestres. En vez de corromper preserva de las corrupciones. Pido al poeta que venga que vuelva á honrar el grande amor y que devuelva en el dominio del arte, á la idealización amorosa, el papel que ha desempeñado en otras épocas y que desempeña todavía en la vida, con provecho del elemento superior humano.

Ved ahí la inspiración del poeta futuro; hablemos ahora de la forma de su poesía. ¿Irá á la escuela de los clásicos, ó no sabrá griego ni latín? Si viene al mundo en un país en el que no haya palabras marquesas ni palabras plebeyas, ¿restablecerá el antiguo régimen? ¿Lo abolirá si viene al mundo en un país en el que los poetas no se contenten con palabras nobles vivas y hagan excavaciones en las tumbas para sacar ilustres momias de palabras y rejuvenecerlas con su soplo? ¿Su estilo será sencillo ó empleará en él todos los recursos de un arte refinado? ¿Se encerrará en las leyes de la métrica tradicional ó querrá desgarrar sus mallas? Para responder tales preguntas sería necesario ser profeta, ó ser el mismo gran poeta de que se trata. Desgraciadamente no soy ni uno ni otro. Es posible, sin embargo, orientarse un poco, por lo que llamaré todavía la observación de las estrellas. Si la poesía es sólo una diversión y un adorno, no veo la necesidad, por más que digan eminentes pensadores, de que sea comprendida y gustada por las multitudes, en vista de que las diversiones y los adornos de esta categoría sólo son buscados por las aristocracias, y parece natural que los buenos poetas desprecien y huyan, como Horacio, de todo lo vulgar. Pero si la poesía es una estrella que guía á los hombres hacia Dios, si es un instrumento poderoso al servicio de energías progresivas, es preciso que el poeta accione sobre un público lo más amplio posible. Siendo así, se hace fácil contestar de una manera general, que el poeta de quien hablo no adoptará un lenguaje precioso; sino que teniendo conocimiento completo de su lengua, desde las menores y más obscuras palabras técnicas hasta las más ricas de color, de pasión y de pensamiento, desde la última palabra brotada en los salones ó en la calle hasta su antecesora dormida en el polvo de las bibliotecas, manejará ese material con facilidad, sabiendo permanecer al alcance de todo el mundo, sin prohibirse colocar de cuando en cuando una palabra antigua sabiamente desente-

rrada. Los clásicos le serán familiares; el único gran poeta que los haya conocido poco ha sido Shakespeare; me atrevo á decir que se nota en su obra lo que Dante llamó *lo fren dell'arte*, la medida. La poesía cuyas raíces alcancen secretamente esas capas profundas y ricas, es la que tiene más probabilidades de vivir. Los poetas débiles que se han alimentado de griego y de latín, no han podido digerirlo, pero sí han adaptado arrugas precoces, desagradable aspecto de pedantes y el paso lento y pesado de la vejez; los robustos, por el contrario, sin perder nada de su originalidad, ganan en fuerza, en solidez, en gracia, y tienen ese aspecto de grandes señores que los escritores desprovistos de estudios clásicos no tendrán nunca. Y es que hay en las obras de los clásicos un elemento imperecedero de belleza, un alma inmortal difícil de poseer, porque se oculta tras de las palabras, porque está en el pensamiento que ha desviado su elección y su disposición, en vista del efecto que deba producir entre los contemporáneos del poeta. Los que estudian los clásicos, sin poder aprender en esa escuela, como deben escribir para sus contemporáneos, acaban por escribir como sus antepasados.

Estoy persuadido también que la música incorporada á la poesía, la sonoridad del verso va á evolucionar en el mismo sentido que la música instrumental y vocal, en un sentido wagneriano. Entiendo, pues, que las melodías fáciles y regulares van á desaparecer de la métrica, y sobre todo que los poetas futuros sabrán libertarse de toda convención, que la música de su poesía será más lógica, es decir, que existirá una relación muy estrecha entre el movimiento del ritmo y el movimiento del pensamiento. Esto exige genio y extrema violencia de sentimientos. Me atrevo á predecir que el gran poeta futuro se dará á reconocer por esta obra de transformación y de liberación. Estudiará todas las ciencias, no lo necesario para hacerlas progresar, sino lo suficiente para conocer sus planes. Semejante tarea se cree imposible; yo lo creo un prejuicio. Un hombre de genio podrá hacer en el siglo XX lo que hicieron dos en el siglo XIX. Para llevar á cabo dicha tarea, Herbert Spencer y Rossini, necesitaron un poder único de asimilación y una rara agilidad de espíritu. Estas son cualidades que están íntimamente ligadas al poder y á la agilidad de la imaginación, es decir, á la facultad magistral del poeta. Al leer á Spencer admira la riqueza de su imaginación, y por eso es un gran poeta. El poeta que sepa dominar el saber humano tanto como él, podrá imponerse á los hombres, los obligará á reconocer que la poesía no es un adorno de elegidos, ni una voluptuosidad del espíritu, sino un poder destinado á desarrollar en la tierra la inteligencia y el amor. Cuando Littré nos habla de lo Incognoscible, como de un mar que lleva olas sin fin á las riberas en que nuestra inteligencia limitada se siente detenida á falta de barca y de velas; cuando Herbert Spencer nos habla poco más ó menos en los mismos términos para deducir que la religión comienza en donde acaba la ciencia, olvidan uno y otro que sobre esa mar misteriosa que la Fe alada franquea á cada instante,

está todavía visible el surco de un navío que pasó en otro tiempo, con todas sus velas desplegadas y todavía se escucha la voz del poeta que la gobernaba, cantando:

L'acqua ch'io prendo giammai non si corse.

“Los parajes á donde voy nunca han visto navíos.» Maestro de toda la ciencia de la Edad Media, Dante Alighiere franqueó los límites del misterio, con una autoridad que nadie ha tenido antes ni después de él, fuera de los hombres que han poseído el derecho de hablar en nombre de las Iglesias.

Esa autoridad le vino tanto de su doctrina inmensa, cuanto de su genio y dura todavía, aun cuando el progreso intelectual haya reducido casi á la nada el valor de la ciencia de la Edad Media. Hoy el poeta que abordase los problemas de lo Incognoscible sin ser un pensador y un sabio, no podría obtener éxito durable en terreno tan difícil. Manzoni crece siempre, porque si no fué un sabio fué un pensador y un lógico de primer orden. Hugo, un

coloso, no pudo hacerse útil al espiritualismo, tanto como habría querido, porque no fué ni lo uno ni lo otro. Mi gran poeta será una y otra cosa. El lugar de su nacimiento nos será casi tan indiferente como el lugar del nacimiento de la mujer desconocida, que con su primera mirada nos deslumbra con la repentina visión de un destino de amor. No le preguntaremos de dónde viene ni á dónde va, nos abandonaremos á él como nos acontece algunas veces abandonarnos á alguna música profunda, con la sensación vaga de ser arrebatados á un punto ideal. Y en efecto, nos arrebatará en la florescencia magnífica de inteligencia y de amor que Dios prepara en la raza humana, con la cooperación de los suyos, y á quienes concede, de cuando en cuando, fugitiva visión, hasta á humildes obreros como yo, para que no bajen á la tumba sin alguna recompensa por su obscura labor y sin una sonrisa de esperanza.

ANTONIO FOGAZZARO.

Trad. para «Revista Moderna.»—A. L.

LA MÚSICA

Leída en la velada de arte de la
«Revista Moderna.»

Ya truene con sonora voz en los himnos,
Ya tiemble en el arrullo de la plegaria,
Débil y lastimera como un sollozo,
O triunfal y vibrante como un hossana,
Taciturna ó alegre, vivaz ó fúnebre,
Desgranando las perlas de sus escalas
Y abriendo las corolas de los arpegios
Harmoniosos, la Música es una maga
Que evoca las venturas de tiempos idos,
Las dichas que murieron cual flores pálidas,
O abre los horizontes donde el Ensueño,
Como un ave de oro, tiende las alas.

*
*
*

El Wals corre y murmura como las ondas
Del viejo Rhin; sus ondas pasando cantan
La canción misteriosa de los ensueños,
Del amor infinito, lleno de ansias,
De los eternos goces que no se mueren;
De los húmedos besos que no se acaban.
El Wals canta la aurora, la primavera,
Las pensativas frentes de rosas blancas,
Las pupilas, brillantes como los astros,
Las cabelleras, rubias como las albas.

*
*
*

Después la tenue bruma de las pasiones
Con sus niveos cendales envuelve el alma;

El cielo está tranquilo, la mar serena;
 A las remotas islas boga la barca....
 ¿A dónde vais, viajeros, sobre las ondas?
 —Al país encantado de la Esperanza....
 Y sobre las espumas, donde los remos
 Van dejando brillantes surcos de plata,
 Como un ave marina, la Barcarola,
 En su errático vuelo se aleja y canta.

*
* *

Luego, cuando la tarde muere y el día
 En el ocaso, tímido, se desmaya;
 Cuando en el terciopelo de la tiniebla
 La luna como un lirio de luz irradia,
 El viento trae acordes que se estremecen,
 Fugitivos sollozos llenos de lágrimas.
 Son los vagos dolores que se despiertan,
 Las primeras tristezas que se levantan;
 Es Schubert, que condensa su nostalgia
 En un hondo gemido: la Serenata.

*
* *

Pero aún tiene la vida rojos destellos,
 Aún el amor divino su luz no apaga,
 Y todavía hay nidos llenos de arrullos
 Ocultos de las frondas entre las ramas;
 Aún entreabren su broche los azahares
 A los ardientes rayos del sol de Italia,
 Y buscando la sombra de los naranjos
 Mignon, la taciturna y enamorada,
 A las brisas entrega los melancólicos
 Acentos delirantes de la Romanza.

*
* *

Luego reina la noche, la eterna sombra
 Sin astros, la profunda tiniebla helada;
 El templo está en ruinas; la fe bendita
 Se perdió para siempre con la esperanza;
 Sobre las ilusiones cae la nieve
 Del implacable olvido; mueren las santas
 Creencias que alentaron en el espíritu;
 La selva es muy oscura, la ruta, larga,
 Y entonces como un soplo de tempestades
 Como un adiós supremo, Chopin desata
 Las notas sollozantes de sus Nocturnos
 En armonías lóbregas y funerarias.

*
* *

Y así con el arrullo de las pasiones,
 Con las rudas tristezas que se levantan,
 Con los himnos de oro de la ventura,
 Y los cantos azules de la esperanza,
 Con la voz temblorosa de los recuerdos
 La evocadora Música es una maga
 Que entreabre las corolas de sus arpegios
 Y desgrana las perlas de sus escalas
 Para que el ave de oro de los ensueños
 Hacia el azul inmenso tienda las alas.

F. M. DE OLAGUIBEL.



Fest der "Moderne Zeitschrift."

La "Revista Moderna" invita á Ud. á la Conferencia que el Sr. Lic. D. Jesús Urueta dará el 18 del corriente, á las 8 p. m., en la Redacción de este Periódico, Calle del Coliseo Nuevo, número 408.

México, Agosto de 1900.

PROGRAMA.

- | | |
|--|---|
| I. Scène de ballet. BERIOT. Violín y piano, señores Arturo Posada y P. Arzoz | VII. Conferencia. Lic. JESÚS URUETA. |
| II. Recitación. JESÚS E. VALENZUELA. | VIII. Romanza de MULEY, de la opereta <i>Zulema</i> , letra de Rubén M. Campos y música de Ernesto Elorduy, cantada por el Sr. E. Moreno. |
| III. Piezas de salón, para piano. E. ELORDUY. | IX. Recitación. F. M. DE OLAGUIBEL. |
| IV. Dúo de la <i>Bohemia</i> , cantado por la Srita. María S. Moreno y el Sr. E. Moreno. | X. Berceuse. RENARD. Violín y piano. Sres. A. Posada y P. Arzoz. |
| V. Recitación, LUIS G. URBINA. | |
| VI. Romanza de <i>Lohengrin</i> , Addio, cantada por el Sr. Tomás Arias. | |

El acompañamiento estará á cargo del Sr. Arzoz.—Piano de concierto de la casa de los Sres. Otto y Arzoz, Vergara 12.

Con el noble deseo de agrupar de cuando en cuando á los que comulgan en el ideal artístico, la *Revista Moderna* ha organizado una serie de conferencias, de las cuales se verificó la primera el 18 de Agosto del corriente año.

Tocó al Lic. Jesús Urueta, jefe de redacción de la *Revista*, ser el primero de nuestros conferencistas, y para que su artística plática resultase más lucida, formósele cuadro musical escogido y se le rodeó con versos recitados por sus autores.

Luis G. Urbina, siempre galante y caballeroso, sin pertenecer al cuerpo de redactores de este periódico, aceptó la invitación que el Director le hiciera, y leyó con galanura su obra inédita «Poemas triviales.» Fué la lectura de Urbina la nota poética saliente de la reunión. Urueta, vibrando aún en sus oídos las palabras pronunciadas en Lutecia por los nuevos apóstoles del Ideal, con su verbo armonioso, habló . . . habló de la trascendencia que el Arte Literario Moderno tiene actualmente en las cuestiones económico-sociales. Los Ibsen en el Norte de Europa, los Tolstoï en Rusia, los Mirbeau en Francia, los D'Amicis en Italia, tienden en la novela y en el teatro y en el Poema á destruir las egoístas bases en que las sociedades descansan y á poner en práctica, aunque utopía parezca, el «amaos los unos á los otros» que pronunciara el divino Nazareno.

Tal fué el tema de la conferencia de Urueta. La parte musical, desempeñada por artistas que bondadosos se prestaron á cooperar á nuestra fiesta, no tuvo, según los *virtuosos*, nada que reprochársele. Arzoz y Elorduy en el piano; el Sr. Posada en el violín, la Srita Moreno, el Sr. Moreno y el tenor Tomás Arias, éste en la romanza «Te souviens-tu» y aquél con la citada señorita en el famoso dúo de «La Bohemia,» arrancaron merecidos aplausos.

En el curso del mes de Septiembre se verificará la próxima conferencia en la *Revista Moderna*.

A THÉA.

Le coucher du soleil est rempli de tristesse,
Car l'automne du jour, hélas! est un déclin,
L'aurore est un printemps, la nuit c'est la vieillesse,
L'âge mûr est un soir, la jeunesse un matin.

Théa, pourquoi parler de tristesse? A votre âge,
L'horizon est serein, le ciel est toujours pur,
Quand Iris vient étendre, à la fin de l'orage,
Son arc rose, doré, violet, vert, azur.

La tristesse n'est pas dans la fleur qui s'effeuille,
Mais bien dans notre cœur qui reste radieux,
Quand l'automne commence et quand tombe la feuille,
Quand le soleil s'éteint, . . . si nous sommes heureux,

ALFRED BOISSIÉ.

ESPERANZAS NEGRAS.

Me he hecho casi amigo de uno de esos negros del Dahomey, altos, delgados, bellos y flexibles que tanto excitan la curiosidad de los blancos, en el Trocadero. Es un hombre encantador, muy dulce, muy alegre y como todos los negros un incansable narrador de cuentos.... Desgraciadamente este negro del Dahomey—juzgando al menos por lo que mi amigo me dice—es simbolista, tan simbolista que yo no comprendo nada de sus historias. Me parecen de tal modo incoherentes, inútiles y pueriles, que creo estar oyendo versos de Vielé-Greffin, si es que versos pueden llamarse á esos piaullidos inarticulados que Vielé-Greffin insiste en lanzarnos de cuando en cuando en libros y revistas.

Ayer ese buen negro—hablo de mi amigo del Dahomey—tuvo á bien iniciarme en algunas canciones de su país.... Canciones muy antiguas, cuyos autores son completamente desconocidos.... algunas de ellas muy bonitas y muy expresivas como ésta que se diferencia de las producciones ordinarias de Vielé-Greffin por su conmovedora candidez.

«Estuve en el Bosque;—en el Bosque hay árboles,—en los árboles hay ramas,—y en las ramas hay hojas,—en las ramas y en las hojas—hay pájaros—y en los pájaros una música hay—una flauta diminuta—que á mañana y tarde hace—pi.... pi.... pi....»

Le pregunté si entre sus cantos populares no hay algunos evocando el horror de las matanzas y de los sacrificios humanos tan á la moda en el Dahomey no hace mucho tiempo aún.

—Oh!—no!—exclamó—los sacrificios y las matanzas son muy admirables y nadie osaría ponerlos en canciones.

Porque os diré que mi amigo es muy nacionalista. Amargamente se queja—con la cándida amargura de los negros—de los trastornos que los franceses han producido en su país desde la conquista.... hace siete años.

—No es ya lo que era antes—me dice con una tristeza dulce y resignada que fija una bonita melancolía en lo alegre de sus negros ojos—y no puedo reconocer ya mi Dahomey.... Me parece que vivo en un país desconocido é incoloro, sometido á leyes estúpidas y costumbres bárbaras. En mi casa, en mi propia choza ó en nuestros maravillosos bosques de palmeras se me figura que yo mismo soy un extranjero.... No hay ya matanzas, ó si las hay, son tan pocas, que no merecen la pena de mencionarse. Esos admirables, esos espléndidos sacrificios humanos que habían hecho de nuestro pueblo el más bello y el más grande de los pueblos, han sido abolidos y sólo nos queda el recuerdo lamentado y esas piadosas reliquias que admirábais hace un momento en la sala de nuestra exposición: esos largos cuchillos tan pesados y que tanta sangre vertieron y tantas cabezas cortaron.... y también esas terri-

bles máscaras de fetichistas convertidas en objetos de museo; en fin, todas las piezas de convicción, por decirlo así—de nuestra sublime historia—pero ¡ay, nada se respeta ya y todo va desapareciendo! Cuando en las tardes, en Koteneu, donde yo vivo, voy á tomar el fresco sobre el camino que va á lo largo de los fosos de la ciudad, no respiro ya ese olor bueno y fortificante de los cadáveres decapitados, que en otro tiempo en masas confusas se podrían durante meses y meses.... Hoy las músicas militares tocan “Haydée” y hay los perfumes de unos cuantos rosales estériles que un feroz cosmopolitismo ha querido trasplantar allá. Es asqueroso! Yo por mi parte no garantizo la exactitud de estas palabras que me iban siendo traducidas á medida que mi amigo las pronunciaba por el Sr. de Wysewa que sabe todos los géneros del negro y que se aprovecha tal vez de que es imposible de comprobar su ciencia para restituírnos idiomas de un modo en que no se hablan.

Estábamos los tres, mi amigo, el Sr. de Wysewa y yo sentados al borde de un riachuelo del Dahomey en sillas graciosamente prestadas por los Sres. Allez hermanos. Hacía mucho frío. Sobre el agua verdosa, inmóvil y sin reflejos, reposaba una piragua.... Yo trataba de evocar los sangrientos misterios de los bosques de abrojos, los ásperos caminos sembrados de espinas, donde las amazonas corrían con los pies desnudos, para así acostumbrarse al dolor, y las llanuras rojas, las casas de adobe rosa, los palacios y los templos con sus azoteas revestidas de cráneos humanos.... pero me era muy difícil. La multitud, curiosa, indiscreta y charlatana no cesaba de invadir los estrechos senderos y los pequeños prados que rodean las arquitecturas ordenadas con una belleza bárbara, y cuya guarda estaba al cuidado de mi amigo.

—*Toi mousir pas fumer—Toi mousir.... si toi fumer.... moi casser la gueule á mousir....* (1)

Y las poesías salvajes y las visiones rojas, de las cuales quería llenar mi cerebro, se alejaban.

«Vosotros no podéis haceros la menor idea de lo que era en otro tiempo el palacio de nuestro Rey, que esta impúdica construcción sin carácter tiene el atrevimiento de querer imitar. Ese palacio era de una belleza extraordinaria: el techo, sobre todo, cubierto completamente ó por decir mejor, pavimentado con cabezas cortadas. ¡Ah! ¡Eso sí! Era preciso encontrar carpinteros hábiles que supiesen arreglar á modo de marquetería ó mosaico esas cabezas, porque el Rey no toleraba que la lluvia cayera en su palacio. Exigia, bajo pena de muerte, que las cabezas quedasen tan impermeables como las tejas de Europa. ¡Oh, qué hermoso trabajo,

1 Tú, señor, no debes fumar—Tú, señor, si fumas.... yo te romperé el hocico.

señor! El aspecto era verdaderamente feérico, y el olor delicioso.... Cuando determinados vientos soplaban, extendíase por la ciudad algo como una lluvia de perfumes caída del vaporizador del Sr. de Montesquieu. (El Sr. de Wysewa es quien continúa traduciendo). Pero este género de techado no era muy sólido, ó al menos no duraba mucho tiempo... Ya fuera que las cabezas comenzaran á podrirse, ó que se despuntaran á causa de la putrefacción, ó bien que los buitres lograran desgarrar algunas, el caso es que no pasaba mucho tiempo sin que empezaran á aparecer fisuras.

«Entonces nuestro buen Rey (¡ah! ¿por qué no tienen ustedes un Rey?) enviaba por todo el Reino sus más terribles fetichistas, y éstos, cubiertos con sus más espantables máscaras, las del cuerno rojo, gritaban: «El techo del Rey necesita pavimentos,» é inmediatamente las matanzas se organizaban; por todos lados la tierra, á pesar de ser tan roja en nuestro país, se enrojecía bajo las olas de sangre... y el techo del Rey recobraba muy pronto su aspecto, nuevo, resplandeciente, verdaderamente real; pero ¡ay! nada de eso existe hoy. Infames cosmo-

Paris, Mayo 20 de 1900.

Trad. para «Revista Moderna.»
B. C. C.

politicas han venido y han destruido para siempre esa belleza nacional!....»

—No desesperes, buen negro, le dije por el amable conducto del Sr. de Wysewa, porque si el Sr. de Wysewa sabe el negro, sabe también algunas veces el francés. No te desesperes y no llores por las desgracias de tu patria, porque sólo son transitorias y pasajeras. Nada muere en la tierra y todo reaparece, aun lo que más muerto parecía. Pronto verás tal vez el cuerno rojo y la máscara de matanza de tus fetichistas, y volverás á ver también florecer nuevamente las cabezas tronchadas sobre el palacio de tu Rey.

—Dios te oiga, dijo mi amigo haciendo ademán de oración.

—Dios oye siempre á los que le hablan según su corazón eterno, contesté con fervor.

Y mi amigo se levantó reconfortado, nos dejó y se alejó cantando:

Estuve en el bosque;—en el bosque hay árboles,—en los árboles hay ramas,—en las ramas hay hojas—y en las hojas—hay pájaros—y en los pájaros una música hay—una flauta diminuta—que á mañana y tarde hace—pi... pi... pi.

OCTAVE MIRBEAU.

FRAGMENTOS.

Inmóvil el Espacio sin riberas
treme en sí mismo. Por el hondo seno
como ronda de espectros van los astros
en inmensa espiral. Muévase insomne
el Universo estupefacto y brillan
las largas nebulosas en el fondo
de la sidérea noche, como mata
de rizados cabellos sobre enorme
espalda de mujer, cuyas caderas
alzan en ondas rítmicas el pelo.

Es la armonía astral una sonrisa
ó un sollozo ¡quién sabe! en el semblante
de agobiada cariátide de mármol!
La luz no es un fulgor, es lampo apenas
y los soles luciérnagas que cruzan
en anchos giros la extensión. Ni un eco
resuena en aquel piélago sin nombre;
no hay un vacío en él. Con ansia honda,
infinita, los átomos rebregan—
sonámbulos eternos de la Vida—
en el éther, los mundos y la carne.

Cuando pasan—antorchas vagabundas—
los pálidos cometas, busca el alma
las manos que los llevan por la sombra
en la solemne procesión del Orbe.
Se siente una inefable, lenta, lenta
vibración en el Cosmos somnolente
y un guión luminoso: el pensamiento,
parece entre dos noches insondables.

¿Son pupilas sin párpados los astros
que ven la Eternidad llenas de lágrimas,
ó que se buscan en el negro fondo

con el amor amargo de los hombres?....
La procesión camina.... Ay! esa estrella
en una flor, una esperanza, un beso,
una creencia, una ilusión, un canto,
un dolor, una duda, un sacrificio
vertió á la vez su resplandor de nácar!

Vamos sobre el abismo, en el abismo.
Bajo el abismo en el abismo. Dora
un crepúsculo lívido los límites
y la nieve enarriña las aéreas
cimas que alzan hacia el cielo. Acaso
así las almas al subir se cubren
con el casto vellón de la pureza.
El secreto de amor que en una ascua
se revela en fulgores, es el mismo
que incandesce el espíritu al contacto
del misterio profundo de los cielos
donde el divino hálito trasciende
de la Verdad y el Bien que son la Vida.

.....
Oh, Dios! no eres pálida quimera.
Fuera ó dentro de mí es cierto el Orbe
y es tu obra, Señor! Tu aliento sopla
sobre el pinar del monte, sobre el tallo
del simbólico lirio de los valles,
sobre las ondas de la mar rugiente,
sobre las nubes que amontona el viento,
sobre las moles trágicas del Cosmos,
sobre el humano espíritu á quien diste
oh, Dios! Señor del cielo y de la tierra,
la Ciencia y el Amor como dos alas.

JESÚS E. VALENZUELA.